Clinton y la inexperiencia peligrosa

HENRY RAYMONT

Para Frank Freidel

Washington. Desde la muerte del presidente Franklin Dela-no Roosevelt en 1945, los nombramientos a los puestos clave de la política exterior estadunidense por lo general han sido muy poco favorables para Latinoamérica. A juzgar por las primeras semanas de la gestión del presidente Clinton, no hay perspectivas inmediatas de que esa tradición se modifique.

El primer indicio contundente de que las cosas se quedan en lo mismo fue el acceso del abogado Warren Christopher al crítico cargo de secretario de Estado. Sus aseveraciones de que pensaba seguir los grandes rasgos de la política exterior de Bush, especialmente en los asuntos latinoamericanos, no sorprendieron a nadie. Christopher, quien fuera subsecretario de Estado durante la gestión de James Carter, tiende a reflejar la política tradicional de posguerra que hace énfasis en las relaciones con Europa y el Medio Oriente, dejando para Latinoamérica expresiones retóricas bien intencionadas de defensa de la democracia y los derechos humanos.

Desde que se hizo cargo del Departamento de Estado tampoco ha expresado una sola idea original con respecto a las crisis de Haití y Perú, o sobre el papel que considera que Washington debe desempeñar en el sistema interamericano. Por el contrario, al dar el paso más elemental de su función administrativa, o sea, el nombramiento de un secretario adjunto para Asuntos Interamericanos, Christopher logró crear una inesperada crisis que dejó al descubierto la poca atención que Latinoamérica le había merecido.

El incidente hizo recordar la inexperiencia del equipo de Carter en sus comienzos, que logró socavar algunos de sus objetivos más loables. En este caso Christopher, como jefe de un equipo de transición de Clinton, comprometido a reflejar la diversidad étnica y religiosa del pueblo estadunidense, eligió como candidato para el puesto interamericano a Mario Baeza, un abogado de 42 años hijo de cubanos y de raza negra. Además de contar con una distinguida trayectoria académica en las universidades de Cor-nell y Harvard, Baeza tuvo una brillante actuación en transacciones comerciales con Latinoamérica como socio del prestigioso bufete legal de Debevois and Plimpton de Nueva York, uno de cuyos fundadores fue George Plimpton, embajador del gobierno de Kennedy ante Naciones Unidas.

De lo que no se había percatado el nuevo equipo al seleccionar un candidato con estos méritos, por encima de los muchos nombres conocidos que flotaban para el puesto (Sally Shelton Colby, Ron Scheider, Ro-nald Scheman, Arthur Watkins, entre otros), fue que Baeza era un desconocido para los dirigentes del exilio cubano en Miami. Como éstos se consideran una fuerza decisiva en la política de Washington hacia América Latina, al enterarse del nombramiento de Baeza causaron tal revuelo, alegando que sospechaban que el candidato tenía simpatía por Fidel Castro, que la designación fue suspendida, comprometiendo así la independencia del nuevo régimen. En los medios diplomáticos y del Congreso el manejo del asunto por parte de Christopher y la Casa Blanca mereció calificativos como "pueril" y "vergonzoso".

Sin embargo, quizás lo más significativo para Latinoamérica y sus relaciones con Washington es la existencia de un serio vacío en el establishment que rige las relaciones exteriores.

Aunque el binomio Clinton-Gore ha sido aplaudido como la llegada al poder de una nueva generación con la posibilidad de traer nuevos enfoques al panorama internacional, hasta el momento no ha aparecido ninguna figura en el horizonte político que remotamente pueda compararse con los personajes que destacaron en la diplomacia hemisférica durante ese otro parteaguas de la historia estadunidense: la llegada al gobierno en 1933 del presidente Franklin Roosevelt y el comienzo de los programas reformistas del New Deal, el Nuevo Trato.

Es cierto que las analogías históricas pueden ser engañosas; sin embargo no se debe descontar que en ambos casos Estados Unidos se encontraba ante una grave crisis interna junto con una situación mundial nueva e incierta. En 1933 Roosevelt, además de enfrentar y vencer la peor crisis económica del siglo, logró introducir un cambio radical en la política exterior estadunidense, implantando la política del Buen Vecino -cooperación y

consulta panamericana, respeto a los derechos soberanos y al derecho internacional- en lugar del intervencionismo y el alza de tarifas de los gobiernos republicanos de Coolidge y Hoover que lo precedieron.

Sin embargo, en 1993 Clinton da la impresión de estar todavía a la deriva, reaccionando ante los acontecimientos en vez de tomar la iniciativa, tanto en la agenda doméstica como en la política exterior.

Roosevelt, para lograr los cambios necesarios a fin de colocar a las relaciones con las repúblicas latinoamericanas como asunto prioritario de la política de Washington, se apoyó en un equipo integrado por el secretario de Estado Cor-dell Hull, el subsecretario Sumner Welles y el embajador en México, Jo-sephus Daniels, además de un grupo de jóvenes técnicos como Lawrence Dug-gan y Louis Halle.

"No puede haber ni la menor duda de que la política del Buen Vecino fue el mayor éxito de la política exterior de Roosevelt durante los primeros ocho años de su gobierno", me dijo Frank Freidel, profesor de historia de la Universidad de Harvard y autor de varias biografías de Roosevelt, en una conversación a fines del año pasado. El historiador atribuyó a la destreza y perseverancia del liderazgo de Roosevelt el apoyo popular que logró para su política hacia Latinoamérica, sobreponiéndose al auge aislacionista que predominaba en el Congreso y la prensa.

(Freidel, varias veces presidente de la Asociación de Historia de Estados Unidos y uno de los pocos académicos estadunidenses más distinguidos que han demostrado un verdadero interés por América Latina, murió de cáncer el 25 de enero a la edad de 76 años. El historiador había publicado cinco de los ocho volúmenes que proyectaba completar sobre el gobierno de Roosevelt).

Lo sorprendente es que a pesar de que Clinton y sus partidarios frecuentemente citan al patriarca Roosevelt como la inspiración del Partido Demócrata, ni una sola vez han mencionado a la política del Buen Vecino.

El que ni el propio gobierno de John F. Kennedy con su Alianza para el Progreso pudiera igualar al equipo roosevel-tiano de las décadas de los treinta y cuarenta, en lo que respecta a experiencia, conocimiento y sensibilidad hacia las repúblicas latinoamericanas, se debe en gran medida a que desde 1946 la atención de la política exterior de Estados Unidos se concentró de tal manera en la guerra fría que prácticamente excluyó cualquier otra opción geopolítica.

¿Qué explicación dan los funcionarios allegados a Clinton para justificar la ausencia de un mayor perfil en los asuntos latinoamericanos? Previsiblemente aducen el bagaje de problemas nacionales e internacionales al que se enfrenta el nuevo ocupante de la Casa Blanca y que requieren urgente atención -la economía, el sistema de seguro médico, el Medio Oriente, Bosnia, Somalia, entre otros.

Se dice que esto no le ha permitido prestar mucha atención a Latinoamérica, aparte de un ambiguo endoso al Tratado de Libre Comercio con México, las medidas navales tomadas para prevenir un éxodo de Haití a la Florida, y el nombramiento de Harriet Babbitt, la mujer del secretario del Interior Bruce Babbitt, como representante permanente ante la OEA.

Lo que continúa entonces es la total ausencia de una visión estratégica para la región, dado que el gobierno de Bush, aparte de proclamar "un nuevo orden mundial", tampoco logró elaborar una política exterior adaptada a la nueva coyuntura mundial. Si consideramos que ésta se caracteriza por la postura que Estados Unidos ha asumido como la única superpotencia que sobrevive a la guerra fría, inmediatamente estamos ante una contradicción: que las responsabilidades materiales y morales que implica ese esquema unipolar no se conjugan con las repetidas aseveraciones tanto de Bush como de Clinton de que no quieren jugar el papel de "gendarme internacional".

El resultado es la famosa fórmula pragmática "resolver caso por caso". Esa fórmula frecuentemente lleva a la improvisación, a veces a la acción intempestiva que después tiene que ser rectificada, y casi siempre a la ambigüedad. Por cierto que una solución adoptada por Reagan y Bush simplemente se redujo a intervenir donde no se prevén grandes sacrificios -Granada, Panamá, Somalia e Irak- evitando a la vez los potenciales choques con los serbios en el pantano de los Balcanes.

Por lo que a Latinoamérica se refiere, los múltiples retos que enfrenta el gobierno de Clinton no son el único ni el principal motivo por el cual las relaciones de Estados Unidos con las repúblicas americanas están pasando por un periodo que podría calificarse de aguda ambigüedad. Ambigüedad es lo que caracteriza la política de Washington hacia los problemas más inmediatos y visibles que enfrenta el sistema interamericano: las crisis de Haití, Perú y Cuba, al igual que hacia los de más largo alcance como el desarrollo económico dentro del mercado común interamericano previsto en la Iniciativa de las Américas de Bush; el combate contra la pobreza y el tráfico de drogas; las nuevas pautas

para el afianzamiento de la democracia y los derechos humanos en el continente; el futuro del papel de la OEA, etc.

Hoy por hoy, la falta de decisión que Washington está demostrando para enfocar estos problemas, ya sea en el plano bilateral o en los organismos multilaterales, contrasta marcadamente con la manera en que Bush se esforzó por lograr el Tratado de Libre Comercio con México, y junto con México y el Grupo de los Ocho, por resolver la crisis centroamericana. Sin embargo, la amarga verdad es que ni Bush ni mucho menos el nuevo equipo de Clinton se preocuparon por elaborar una política hacia América Latina coherente y de largo alcance, porque simplemente no hay acuerdo en las respectivas cúpulas políticas sobre la importancia que se debe acordar a esa área dentro de una nueva política global.

Esta es la situación que existe desde el colapso del bloque soviético, y con ello el fin de la guerra fría, cuando todos los problemas en Latinoamérica automáticamente eran considerados parte de lo que Raymond Aron llamaba el campo "estratégico-diplomático". Careciendo de ese marco de referencia, sin la amenaza comunista, es como si el Polo Norte hubiera perdido su magnetismo: de repente todos los compases han dejado de funcionar.

Lo más acertado para el nuevo equipo de política exterior sería replantear las fórmulas que Roosevelt utilizó para modernizar la política hemisférica y encontrar funcionarios capacitados para establecerlas. Luego Washington podría estudiar si conviene volver a poner a Latinoamérica en un primer plano para su política exterior, pero antes de eso tendría que sobreponerse al interés mínimo por la región no sólo dentro del gobierno sino por parte del público, del Congreso y de los medios de información.